

## EL RETORNO DE LOS JUDÍOS EUROPEOS

Ramón Buenaventura

Unos 523.000 judíos vivían en Alemania cuando empezó el nazismo a dispersarlos. Doscientos tres mil quedaban en 1939, 15.000 en 1945, 33.000 había en 1990 (el año de la Reunificación); y 200.000 acaba de contar, ahora, el Centro Moses Mendelssohn de Estudios Judíos (Postdam).

Están volviendo. Alemania, en los últimos tiempos, recibe más judíos que el mismísimo Israel; y, por añadidura, miles de ciudadanos israelíes cuyos padres o abuelos sobrevivieron al régimen nazi por los milagros de la fuga están solicitando pasaporte alemán, al que tienen derecho según la ley germana.

Como quizá no todos ustedes sepan, porque aquí nos especializamos hace varios siglos en la ignorancia y rechazo de lo hebreo, hay judíos sefardíes y judíos asquenacíes. Ambas designaciones derivan de topónimos: Sefarad es España y Ashkenaz es Alemania. Quienes a ésta regresan ahora son, naturalmente, los asquenacíes.

No hay explicación oficial para esta sorpresa migratoria. ¿Manifestación del milenarismo espíritu judío de «regreso a casa», tras otro cautiverio de Babilonia? Hay quien así lo explica, pero el hecho innegable es que casi todos estos inmigrantes proceden de Rusia, y, para ellos, por comparación, y a pesar de su languidez económica actual, Alemania viene a ser un paraíso, una fiable propuesta de buen futuro para las generaciones venideras. Porque, además, los alemanes llevan decenios educándose en el arrepentimiento por el Holocausto y, hoy en día, integran la comunidad menos antisemita del planeta... Es verdad que estos nuevos inmigrantes son gente bien preparada, por lo general, pero el caso es que no hablan alemán —ni siquiera *yiddish*— y que, para colmo, están «deshebreizados»: según Julius H. Schoeps, presidente del susodicho Centro Moses Mendelssohn, casi ninguno «distingue entre una iglesia y una sinagoga». Es decir: necesitan raíces —se las están poniendo, a toda prisa, los organismos judaicos de sede alemana— y tendrán que olvidarse de Tolstoi para volver a Goethe, pero están protagonizando un regreso a la *normalidad* histórica —tras los brutales años del nazismo y su prolongación en los falsos estados «socialistas»—, que podría ejercer variadas y poco previsibles influencias en la

versión actual del «problema judío», desenfocándolo quizá de un Israel cada vez más integrista y cada vez más sometido a una insoportable sensación de amenaza (incluso desde dentro: los árabes suman el 20% de su población y tienen una elevada tasa de natalidad).

La vertiente política de la nueva inmigración de judíos a Alemania no tiene gran importancia, sin embargo, si la comparamos con la cultural. Como le ocurrió a España en los siglos XVI-XVII, Europa perdió durante la segunda guerra mundial una parte importante de sus buenas plusvalías artísticas, literarias, filosóficas, científicas, técnicas, etc., casi todas ellas incorporadas ya a nuestra tradición, sin que nadie pestañee: Einstein, Kafka o Freud eran judíos, pero también representan unos valores que los europeos consideramos propios e irrenunciables. No se trata, aquí, de promocionar una contribución por encima de otras: los judíos no han aportado a Europa más que cualquiera de los cientos de pueblos que la componen; pero *son* Europa. Y su regreso a sus viejos territorios alemanes puede entenderse como una imprescindible recuperación mutua.

Tampoco nos vendría mal, a los españoles —tras quinientos años de «pureza de sangre»—, que volviesen los sefardíes.

© Ramón Buenaventura, 2003.

**Prohibida la reproducción total o parcial en cualquier soporte.**